

PRÓLOGO

“Antes de conocer a José, era una joven soñadora y feliz”, dice el narrador de María, la protagonista de *En la jaula del olvido*, de Jesús Rodríguez, una novela que narra el terrible destino de una mujer de origen campesino y de su familia. Esta historia hace parte de una tradición de la literatura colombiana que se interesa por las consecuencias del desplazamiento en la vida de las inmigrantes internas. Vale la pena recordar, por ejemplo, a Tránsito, la protagonista de *El día del odio* de José Antonio Osorio Lizarazo, que afronta todas las desgracias de la Bogotá del 48.

Hay una literatura colombiana o, para ser precisos, una literatura bogotana que reconstruye la vida de estas familias, desplazadas por la violencia, que se verán sometidas a los oficios y trabajos más indignos, obreros y empleadas del servicio, como se muestra, por ejemplo, en *Los parientes de Esther* de Luis Fayad. La urbe las acoge como víctimas y, por lo tanto, como personas de una categoría inferior. Como

tema político, la violencia es un asunto abstracto: una lucha de poderes o un listado de muertos, de gente asesinada por absurdas razones ideológicas o por codicia. Como tema literario, la violencia machista ejercida contra una persona en particular es quizá más concreta. Como dijo Simone Weil, “las guerras son episodios imaginarios, aunque la muerte y la desolación sean muy reales”.

Los muertos, no obstante, los pone el pueblo, la gente común y corriente. Aunque las principales víctimas son las mujeres. Y no por viudas, porque tendrían algo del sosiego de la viudez. Ellas han sido las víctimas en todo sentido: de la violencia en general y de la violencia de los hombres en particular. Los hombres, acostumbrados a la guerra, suelen llevarse por delante las razones y los sentimientos de las mujeres. Suelen robarles la vida, como le ocurrió a María. Históricamente, quizá por el dominio de una religión autoritaria y patriarcal como el cristianismo, la sumisión es una de las formas de la esclavitud, del vínculo que se establece entre las mujeres y los hombres en Colombia. La otra forma ha sido el miedo: a la soledad, a la pobreza, a quedarse *solterona* y a otro montón de supersticiones. El hombre colombiano tradicional, conservador y déspota por naturaleza, aunque paradójicamente amante del culto mariano y del día de las madres, ya sea de origen campesino o urbano, ha sido educado en el machismo y en las formas patriarcales de dominación de la mujer. Hombres bravucones y cobardes.

¿Qué es el amor? Tal vez otra forma de poder, como se narra *En la jaula del olvido* de Jesús Rodríguez. Otra forma

del odio. De la sinrazón. María, la protagonista, se casa con José en un ritual católico, aunque no está muy segura de su decisión. Sólo, le dice a su hermana Elvira, lo hace porque lo ama; aunque José, como muchos machos colombianos, no ha revelado aún su verdadera identidad: un machista violento y celoso; un machista infiel; un pobre machista, al fin y al cabo. Una de las excusas populares de las mujeres que han sido maltratadas por los hombres es la “enfermedad de los celos”, pandemia que ha justificado la violencia de género y el feminicidio en el país: “Sus celos enfermizos le hacían ver y oír cosas que en la realidad no estaban sucediendo”. Cuando José ve bailar a María con un hermano, pues José y sus hermanos están celebrando el matrimonio, se abalanza sobre la pareja, golpea a su hermano y maltrata a su esposa.

La mentalidad de José, de origen cristiano y colonial, se apreciará tanto en la narración como en los diálogos: “—Yo no quería hacerle daño a usted ni a mi hermano —dijo él—, es que... me entraron unos celos infernales, no pude evitar proteger lo que me pertenece. Usted es solo mía y de nadie más. Es por eso que actué de esa manera, perdóneme y vámonos para la pieza que arrendamos pues ya somos marido y mujer. Coja sus cosas y nos vamos ya”. Así, el personaje justificará el maltrato y la violencia refiriéndose a María como una propiedad, como una posesión: “Usted es solo mía y de nadie más”.

La novela, entonces, cuenta la historia de la mujer cosa, de la mujer objeto, de María deshumanizada desde el principio en el paradójico ritual del matrimonio católico. Luego de abandonar la fiesta, ya en la pieza que él le saca, la viola.

Ante la negativa de María de tener relaciones sexuales, de hacer el amor, de tirar libremente como una pareja moderna, pues ella no conoce las formas de la sexualidad, José la abusa: “Él la dominó y terminó penetrándola”. Así comienza la historia de María y José, como una mala parodia de la navidad bíblica: con violencia física, psicológica, simbólica y sexual.

Luego se van a vivir a un barrio pobre en la ladera de una montaña, habitada por desplazados de la violencia. Él se emplea como obrero y ella queda embarazada. Él se alcoholiza y sigue abusando de ella. María resiste estúpidamente, callada, sumisa, tonta: “El miedo y la inseguridad se enraizaron en la vida de María”. Cuando nace el primer niño lo bautizan Alberto. Con el paso del tiempo, José, convertido en un obrero alcohólico, la descuidará a ella y al hijo. Luego nacerá Aura. Los criarán en medio del abandono afectivo y del abandono social, económico, político y cultural. Ellos harán parte de los desposeídos, de los marginales que poblarán las laderas y montañas de la periferia de las ciudades, monstruosas e indiferentes, de Colombia y América Latina.

La novela es el retrato horroroso del machismo que, como una ideología absurda, dominará la mentalidad del salvaje protagonista: “José no le permitía trabajar y le decía que su lugar estaba en la casa al cuidado de sus hijos, porque para eso él la mantenía”. Para colmo de males, María quedará embarazada de Bianca que nacerá prematura y, José, como los protagonistas clásicos de la telenovela en Colombia, saldrá con otra mujer. Entonces la historia ahondará en el drama de María.

La familia seguirá viviendo en ese barrio. Un barrio “que no contaba con el servicio de acueducto ni alcantarillado y las tiendas se encontraban calle arriba, en el otro barrio. Las calles eran de barro, y allí en los cerros orientales, la lluvia y el frío duraban todo el año”. *En la jaula del olvido* narra, además, con cierto detalle las distintas formas de la miseria: el hambre, la escasez, la infelicidad y el deterioro de la vida cotidiana.

Para agregarle más sufrimiento a la pesadilla, José, alcohólico y violento, se convertirá en policía, en un padre cada vez más ausente y en un marido cruel. Se transformará en el retrato del típico villano colombiano: un personaje que ha aterrorizado por años el país, encarnado en un miserable patriarca de la periferia, en una vulgar caricatura del poder, un insignificante señor feudal, pero sin tierras. La tristeza y marginalidad costumbristas adquirirán tonos de realismo naturalista, propios del melodrama: “Los niños jugaban en el jardín y comían tierra. Bianca cumplió tres años y no hubo torta, Aura cumplió cuatro años y tampoco hubo torta, Alberto cumplió cinco años y no hubo torta, ni papá para celebrarlos. María cumplió veintiséis años y esa noche él no llegó”.

El barrio se transformará, la casa se ampliará, aparecerá un perro y José aprenderá el oficio de la sastrería, mientras a María, el ama de casa sufrida, la corroerán sus propias miserias. Aprenderá modistería. Trabajará, aunque sin recibir salario. La violencia de José se mantendrá viva. El maltrato, la soledad y el dolor no la abandonarán y entonces aparecerá la otra gran excusa, el mantra de una generación: “Si no fuera por mis hijos yo ya me habría largado”. Los hijos crecerán

en medio del abandono y las dificultades. Alberto, el mayor, será propenso a los accidentes y al alcoholismo, como su padre; Aura realizará labores domésticas: cocinará, barrerá y limpiará la casa; Bianca será una madre joven, como en una especie de bucle de la miseria.

Al final, la historia dará un giro importante: se convertirá en una crónica que revelará el destino de esta familia, que contará el futuro de las hijas, de Alberto, y de María y José. ¿Cómo resolverá María sus dilemas? ¿Qué recordará del pasado doloroso, aparte de las angustias y pesadillas? ¿Cómo se rebelará de su condición de víctima? *En la jaula del olvido*, Jesús Rodríguez consigue mostrar que, a pesar de todo, una mujer puede recobrar la cordura y ciertos instantes de felicidad. Sin embargo, a María la atormentarán los recuerdos. En su éxodo interno, ella no gozará de la riqueza ni de los beneficios de la civilización, ni de la alegría ni de la libertad.

MIGUEL ÁNGEL MANRIQUE
Bogotá, 2 de junio de 2021

*«Un día, suavemente, con sus corteses modos
Hizo el hombre la jaula para encerrarte allí,
Y ahora te contempla, apoyado de codos,
Sobre el hierro prudente que lo aparta de ti.»*

ALFONSINA STORNI, Motivos líricos e íntimos

PARTE I

«MAS DIME: ENTRE EL SUSPIRO FUGITIVO
¿CÓMO OS PUSO EN LA MANO AMOR LA LLAVE
QUE A LA LUZ SACO EL DESEO MÁS FURTIVO?»¹

1 Dante Alighieri. Divina Comedia. (Infierno, V. 118 - 120). Versión poética de Abilio Echeverría. Alianza editorial, Madrid, 1995.

La niña con vestido de tela estampada danzaba con el viento. Corría con las manos extendidas, imitando las alas del águila; acariciaba el aire y una suave brisa respondía a aquel saludo abrazando su piel morena. Se movía balanceando su cuerpo en el ambiente seco como si fuera una golondrina, sus pies descalzos no se molestaban por el calor de la tierra que se devolvía al cielo, como una catarata. La niña, en su baile con el aire, iba y venía con total libertad a través del cálido valle rodeado por una pequeña sierra. Los árboles de mango en flor y las papayas verdes suspendidas en el aire aromatizaban la atmósfera de la niña, quien era arrullada por su infancia en una eterna felicidad.

Acababa de cumplir diez años y había sido promovida al grado tercero, feliz corría hacia donde estaban sus padres para contarles la buena nueva. Atravesó un

alambrado que protegía las tierras del hombre más rico de la región, y en las cuales pastaban sus toros Cebú, los veía a lo lejos y continuaba por el sendero rural que quedó atrapado por la avaricia, representada en postes y alambres de púas. La niña casi llegaba al otro extremo, donde el cercado atrapaba el camino de regreso a casa. Un presentimiento le decía que algo no estaba bien y miró hacia atrás. Vio a un animal gigante que corría sobre cuatro patas, y dos enormes cuernos en punta que se abalanzaban sobre ella.

Sin saber cómo y con qué fuerzas, la niña corrió des-pavorida en busca de la salida. Llegó por fin al otro extremo, y gracias a un reflejo de supervivencia, se deslizó por debajo de la cerca de púas y se salvó por milímetros del feroz animal. Aunque el esfuerzo valió, una cortada fina y larga se posó sobre su vientre: el alambre de púas la había lesionado. Lastimada continuó su camino a casa. Con los cuidados de la madre y de su hermana mayor se recuperó del susto y de la herida, pero nunca más volvió a estudiar, el camino para evitar a la peligrosa bestia que la atacó, representaba cuatro horas diarias a pie para asistir a la escuela.

Como era la menor de cuatro mujeres, aprendió a cocinar y a hacer el aseo de la casa. Vivía en un hogar de humildes campesinos, dedicados a la pesca en el río Magdalena y a la recolección de algodón en los extensos valles del Llano de la Virgen. Creció con tres hermanas y dos hermanos, en una disciplina de respeto y obediencia;

el trato entre los miembros de la familia era amoroso y el respeto era un principio de familia.

Una muñeca de plástico se convirtió en su amiga de juego, y con ella se embarcó en grandes aventuras, le cosía vestidos con las bolsas de papel que quedaban de las envolturas del arroz o del azúcar; sobre su cabellera dorada ponía adornos recolectados en el jardín que su madre cuidaba con esmero. Construía la casa de su amiga, la muñeca, con ramas secas y hojas amarillas que se habían descolgado de los árboles. Se iban de viaje a lejanos pueblos imaginarios y allí compraban ropa, zapatos y carteras. Su amiga de plástico la hacía feliz.

El hecho de no terminar la primaria y su condición de mujer obediente y respetuosa, influyeron más tarde en su adultez, al recibir las pruebas más duras de la vida. Una noche de invierno se escucharon disparos en la casa, el ladrido de los perros se confundía con el estruendo de las detonaciones de escopeta. Su padre, don Feliciano, se equipó con un machete viejo y oxidado, mientras su madre, doña Lucía, levantó de sus camas a los hijos y salieron a esconderse a orillas del río en ropa de dormir, sin usar ningún tipo de iluminación.

Los disparos se escucharon por más de tres horas, eran los Godos que venían en busca de los Cachiporros; don Feliciano era liberal. Solo hasta el amanecer pudieron volver a casa, y los días siguientes fueron de zozobra y congoja, en el Llano de la Virgen tres hombres y dos mujeres, perdieron la vida, esto consternó al poblado y el

dolor perduró por años. La violencia política a mediados de los años cincuenta se convirtió en pan de cada día, obligó a los jóvenes campesinos a migrar a la ciudad, en su caso a Bogotá. Siendo aún una adolescente, María dejó a sus padres en busca de mejores oportunidades, en la floreciente ciudad de comienzos de los años sesenta. Al cumplir los quince años y habiendo estudiado hasta segundo de primaria, se despidió de su familia y de su casa en el Llano de la Virgen.

La violencia se había apoderado de la región, los liberales y los conservadores estaban enfrascados en una lucha por el poder, sin importarles a quién se llevaban por delante. La despacharon con su hermano Filemón para la ciudad, a casa de su hermana Elvira, quien era una mujer casada y con hijos. Allí fue a parar, a una vivienda humilde en el sur de la ciudad.

María no había cumplido los dieciséis años cuando se empleó en el servicio doméstico, en casa de una familia de origen italiano que habitaba un edificio de la calle veintiuna con carrera séptima, en el centro de la ciudad. Aprendió a cocinar bajo la orientación de su madre, quien había sido una mujer seria y rígida con sus seis hijos. A ella la conocían en la vereda y en el pueblo por sus principios y su postura de mujer elegante, a pesar de su origen humilde.

Gracias a la formación que recibió en casa, conquistó a la familia que la había contratado para su servicio a través de la comida, además del delicado detalle con

el que hacía los otros oficios caseros. Al comienzo, su hermana Elvira le prestaba para los transportes y para la compra de una o dos prendas de vestir. Permanecía interna en aquel apartamento del centro de la ciudad de lunes a viernes, y los fines de semana descansaba en casa de su hermana, lo cual era un decir, pues allí también debía hacer los oficios caseros. Al cumplir los veinte años, su patrona, de nombre Agostina, le dijo que la familia viajaría pronto a los Estados Unidos y que, después de pensarlo, decidieron que les gustaría que ella se fuera con ellos a trabajar al país del norte. Confundida y aún inocente, les dijo a los italianos que no iría, pero luego le pesó no haber aceptado.

Elvira tenía tres niños y una niña en crecimiento. La casa era pequeña, tenía un gran patio donde el esposo había construido dos enormes canchas de tejo. Los fines de semana, aquel cercado se llenaba con personas que jugaban y a la vez se emborrachaban al sonido de las mechas. María atendía el bar destapando y vendiendo cerveza, esa fue su rutina durante los primeros años.

Estando sin trabajo, y sin el apoyo de la familia italiana, comenzaron las penurias y la presión de la hermana y su esposo para que se organizara. Aquel hostigamiento, sumado a su situación social de desplazamiento y de soledad, la encauzaron hacia una cadena de decisiones con consecuencias futuras.

Se presentó a trabajar en diferentes almacenes, en aquella época, estos se habían convertido en un centro

de atracción para los ciudadanos. Trabajó algunas semanas en un almacén de la calle once con carrera décima, en pleno centro de la ciudad, allí atendía al público y prestaba el servicio de cajera en los momentos correspondientes. Debía, también, realizar las tareas de aseo de los baños y la limpieza de pisos en diferentes momentos de la jornada laboral. El trato del jefe de personal no era el mejor hacia ella y sus compañeras, solían ser humilladas y maltratadas. A la hora de la salida, todos los empleados eran requisados con rigor para ‘evitar el robo’, según palabras del jefe, quién aprovechaba la ocasión para palpar con morbo a las jóvenes más bonitas, situación que pronto llevó a María renunciar y quedarse sin empleo.

En su humilde cuarto recordaba sus años de niñez, cuando corría descalza en los prados secos por el sol; esa sensación había desaparecido, y siete años en la ciudad le habían hecho olvidar la sana relación con el paisaje de su tierra. En las tardes, encerrada, lloraba con nostalgia la ausencia de sus padres, quienes, ya mayores, empezaron a quedarse solos, pues sus hijos habían decidido abandonar el campo para refugiarse en la fría ciudad, buscando un mejor futuro; eso y la falta de oportunidades laborales la agobiaban a diario.

Estar sin trabajo, sin dinero y sin ninguna perspectiva esperanzadora de vida, la hacían una mujer miserable, vulnerable y abandonada a su suerte en una selva de concreto habitada por seres salvajes y animales bestiales